

MOMENTOS Y TENDENCIAS EN EL DESARROLLO DE LA
HISTORIOGRAFÍA DE LA EDUCACIÓN EN CHILE (c. 1850-c.2010)

Episodes and trends in the development of historiography of Chilean education (c.1850-c.2010)

Pablo Toro Blanco¹

RESUMEN

En el presente artículo se traza un breve panorama general del desarrollo de los estudios históricos sobre la educación en Chile. En una primera instancia, se identifica el sitio que ellos han tenido al interior del conjunto de la historiografía chilena y se indica algunos episodios claves en la evolución de este campo de estudio. Posteriormente, se discute sumariamente sobre algunas de las principales obras y tendencias existentes. Se concluye caracterizando las temáticas recientes que los investigadores sobre la historia de la educación en Chile han abordado, algunas iniciativas colectivas de investigación existentes, y se presentan algunos desafíos pendientes de cara al inicio del siglo XXI.

Palabras clave: historia de Chile; historia de la educación chilena; tendencias historiográficas.

ABSTRACT

In this article a brief general overview on development of historical studies on education in Chile is outlined. At first, it identifies the place that they have in Chilean historiography. After that, there is a view on some key episodes of the evolution of this field and a discussion on main works and trends is carried out. Finally, the article ends with an identification of recent issues that Chilean investigators on education are studying and a brief review of some challenges that are present as the XXI century begins.

Keywords: history of Chile; history of Chilean education; historiographical currents.

Introducción

En noviembre de 2004 vio la luz un número especial de aniversario de la *Revista de Educación*, órgano oficial del Ministerio de Educación de Chile, celebrando setenta y seis años de existencia de la doble función de esa publicación como vocera y testigo privilegiada de los cambios que el país ha vivido en este ámbito a lo largo de buena parte del siglo XX. El tema central de esa edición conmemorativa fue la historia de la educación en Chile. Los editores responsables del número, los profesores Freddy Soto Roa e Iván Núñez Prieto, experimentados investigadores en el área e integrantes de la SCHHE (Sociedad Chilena de Historia de la Educación), planteaban en su visión panorámica sobre la historiografía de la educación chilena que ella podía ser entendida como un producto tanto generado *desde afuera* (es decir, una narración que se desprende de perspectivas generales acerca de la historia de Chile, elaboradas por historiadores profesionales que

¹ Doctor en Historia por la Pontificia Universidad Católica de Chile. Director de Licenciatura en Historia en la Universidad Alberto Hurtado (Santiago de Chile). Secretario de la Sociedad Chilena de Historia de la Educación. E-mail: ptoro@uahurtado.cl.

integran lo educacional al interior de problemas mayores) como también construido *desde adentro*, vale decir, “*producida por pedagogos, investigadores educacionales o por historiadores insertos en los procesos de formación de docentes para el sistema escolar*”. Una constatación de los autores, tras su breve recorrido por algunos tópicos claves de los estudios históricos sobre la educación chilena, era que la producción desde el segundo campo señalado no ha cumplido, hasta ahora, “*con todo lo abundante que se merecen los ricos procesos históricos de la educación chilena, pero es variada en objetos de estudio y en enfoques metodológicos e interpretaciones*” (SOTO y NÚÑEZ, 2004, pp.6-7).

A partir de las constataciones recién indicadas, el propósito de estas páginas es diseñar un panorama general de la evolución de los estudios históricos sobre la educación chilena, bajo la premisa de identificar sumariamente algunos episodios claves para la constitución del campo de estudio y presentar ciertas tendencias y temáticas reconocibles en la literatura existente. Para ello nos apoyamos de modo explícito en algunos textos previos en los que hemos referido, de manera general, esquemas de desarrollo del área y tópicos presentes en la historiografía educacional chilena contemporánea, señalado desafíos de la consolidación de dicho campo de estudios y analizado algunas obras claves en su desarrollo (TORO 2002 y 2006).

1. Trazos de la historia de la educación al interior de la historiografía chilena

Los inicios de la historiografía sobre la educación chilena se confunden, naturalmente, con los de la disciplina misma y sus primeros pasos de formalización como un campo delimitado por un conjunto de procedimientos que le brindó plausibilidad y reconocimiento como saber. En este sentido, nos parece necesario situar las preocupaciones inaugurales por el desarrollo histórico de la educación chilena en un entorno en el que, siguiendo la división planteada párrafos atrás por Soto y Núñez, predominaba una mirada *desde afuera*, dado que se asiste, hacia mediados del siglo XIX, a una trascendental polémica acerca de los modos de escribir historia en general. Esto era parte de la controversia sostenida entre los partidarios de un tipo de enfoque estrictamente apegado a la reconstrucción basada en documentos, atenta a las limitaciones y peligros de la interpretación personal del historiador y al riesgo de generalizaciones no apoyadas sólidamente en fuentes frente a aquellos que, por el contrario, planteaban la necesidad de concebir la historia como un proceso inteligible mediante principios de validez general. Esta polémica entre los métodos inductivo y deductivo estuvo representada en Chile principalmente por Andrés Bello y José Victorino Lastarria, a quienes se suele identificar con la antítesis entre la comprensión de la historiografía como una disciplina *ab narrandum* o *ab probandum*, o historia narrativa y filosófica, respectivamente. Este choque de perspectivas fue el trasunto local de los grandes temas de la historiografía decimonónica (DAGER, 2002, p.100). Al observar el desarrollo posterior de la disciplina en Chile, especialmente con el auge que cobró durante el último cuarto del siglo XIX, puede constatarse que la perspectiva predominante fue aquella que la concibió como una tarea reconstructiva cimentada en documentos y fuentes y que se tendió a ceder un espacio bastante limitado a las interpretaciones originadas en enfoques más bien deductivos y generalistas.

Otra característica de los primeros episodios de la historiografía chilena en la época republicana fue su temática principalmente política y la prioridad dada a los contrastes entre el pasado colonial y la construcción de la nación independiente. En ese contexto era esperable que se abordara un balance global del desarrollo histórico de la enseñanza. El primer texto general que se acercó a este ámbito fue una memoria redactada por el presbítero Ramón Valentín García, presentada a la Universidad de Chile. En ella el religioso reconocía, al inicio de su obra, las limitaciones propias de un ensayo más bien panorámico, que consistía en *“una mirada y aun algo superficial como lo exige el género de trabajo de un discurso histórico como el que se me ha encargado”* (GARCÍA 1852, p.2). Tras reseñar brevemente la historia patria, el texto de García se enfocaba casi por completo en la enseñanza superior del período colonial, ponderando el rol de la Iglesia y, de modo más breve, los aportes del Instituto Nacional y de la reciente Universidad de Chile. En atención a que García era un miembro del clero, cabe considerar que su texto tuviera como propósito principal reivindicar el rol de la Iglesia en la época colonial, precisamente en una época en que los primeros pasos de la historiografía nacional se daban con obras como *Las Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile* de José Victorino Lastarria que, al contrario, levantaban juicios muy críticos sobre esa época y pretendían reducir, a partir de tales evaluaciones negativas, el ámbito de influencia de la Iglesia y de los grupos clericales en la sociedad chilena de mediados del siglo XIX.

La memoria de Ramón Valentín García podría ser interpretada, con criterio amplio, como el inicio formal de la producción histórica sobre la educación chilena, si bien sus limitaciones son evidentes, dado que no se hallaba en el texto una reflexión suficiente del autor respecto a por qué se debía estudiar la historia de la educación, qué método se consideraba apropiado para tal propósito y cuál podría ser el sentido práctico de tal conocimiento. No obstante, esta situación es perfectamente comprensible dado el precario desarrollo general de la actividad historiográfica en esos años y porque, como se verá más adelante, todavía era incipiente el proceso de formación de profesores, que se convertiría en las décadas siguientes en un importante estímulo para generar obras que plantearan una mirada histórica a la educación chilena. Por otra parte, también se debe tener en cuenta que el propósito de García era lisa y llanamente trazar una visión panorámica y que su texto estaba pensado más bien como una lección o discurso de incorporación a la Universidad de Chile.

Es posible constatar que a finales del siglo XIX e inicios del XX existió una mayor cantidad de obras que apuntaban a dar cuenta de la evolución histórica de la educación en Chile. Entre ellos cabe señalar, a título de mero ejemplo, a José Manuel Frontaura y sus *Noticias históricas sobre las escuelas públicas de Chile a fines de la era colonial* (1892). Este texto planteó una lectura profundamente anticlerical respecto a lo que había sido y debía ser la enseñanza en Chile, acorde a las tendencias ideológicas de los representantes más relevantes de la historiografía chilena de fines de siglo como, por ejemplo, Diego Barros Arana. Éste dedicó varios capítulos de su monumental *Historia General de Chile*, escrita durante casi veinte años de su vida y publicada en 16 tomos, al desarrollo educacional y sostuvo un relato que enfatizó los contrastes entre la realidad colonial

de la enseñanza y los logros en la construcción de un sistema republicano de educación. Un ánimo parecido es el que impulsó los estudios de otros autores que, ya directamente preocupados de dar una mirada histórica al desarrollo de la educación en Chile, sostuvieron perspectivas de un talante más interpretativo y enfáticamente laicista, como es el caso de Alejandro Fuenzalida Grandón y su *Historia del desarrollo intelectual en Chile (1541-1810)* publicada en 1903, o que emprendieron trabajos de profunda erudición como el monumental libro *La instrucción pública en Chile desde sus orígenes hasta la fundación de la Universidad de San Felipe*, un documentado recorrido por la historia de la educación colonial chilena, dado a la imprenta por José Toribio Medina en 1905.

Los textos anteriormente indicados podrían representar a aquella historiografía de la educación que fue elaborada siguiendo las tendencias del apego positivista a los documentos y que, en términos generales, todavía no adquiría una especificidad temática. Una fuerza que colaboró para que el camino hacia un campo de historia de la educación propiamente tal comenzara a ser transitado fue la formalización de los estudios pedagógicos en Chile. En la medida que el currículo enseñado a los profesores en formación dio cabida como disciplina a la historia de la educación, se hizo necesario disponer de textos ad hoc. De este modo, en agosto de 1893, el Ministerio de Instrucción Pública convocó a un concurso destinado a proporcionar a los maestros de instrucción primaria una obra que diera las nociones fundamentales de historia de la educación y enseñanza. Como orientación para los autores postulantes al concurso, la autoridad ministerial entregaba una descripción de lo que se entendía como propósito de la asignatura al señalar que *deberá desarrollarse preferentemente mediante biografías de los pedagogos más eminentes, citándose pasajes característicos de sus doctrinas. Se hará resaltar el desenvolvimiento paulatino que ha tenido la escuela primaria en los países más adelantados, agregándose un capítulo especial sobre el desarrollo de la instrucción en Chile* (MUÑOZ HERMOSILLA 1896, p.VI)

Sin embargo, durante los años siguientes fue frecuente la continuidad en el uso de traducciones de libros de autores europeos para enseñar temas de historia de la educación, junto con algunas escasas obras de producción local como, por ejemplo, las *Nociones de Historia de la Pedagogía*, publicadas por Manuel Antonio Ponce en 1886. Sin embargo, no es posible sostener que estos libros formaran parte de un esfuerzo propiamente de investigación historiográfica de presentar un panorama del desarrollo de la educación chilena, dado que las necesidades de la época tenían que ver más bien con una comprensión de la historia de la pedagogía como historia de las ideas y sistemas de educación, entendidos en una perspectiva universal antes que local. Por otra parte, cabe sí resaltar que obras como la de Ponce se originaban, siguiendo la división vista párrafos atrás, *desde adentro* ya que eran escritas por pedagogos y para pedagogos, constituyendo un ejercicio que podríamos decir que tenía una faz gremial, de constitución de campo y generación de identidad profesional, quizás más relevante que su aporte estrictamente historiográfico.

Otro hito que puede considerarse como importante para un acopio de conocimiento histórico parcelado sobre la educación chilena, también impulsado desde las autoridades gubernamentales, fue la instrucción dada en enero de 1902 a los rectores de los liceos de hombres del país por Manuel Barros Borgoño, Rector de la Universidad de Chile, para

que elaboraran una historia de sus respectivos planteles. En este caso es interesante hacer notar que el conocimiento del pasado de los establecimientos escolares se consideraba explícitamente como un insumo valioso para la discusión general sobre el sistema de educación, la que se concentraría en las jornadas del Congreso General de Educación a realizar en septiembre de ese año. Los rectores de los liceos emprendieron la tarea encomendada no siempre con total agrado, dado que no disponían ni de las destrezas necesarias ni del tiempo ni documentos requeridos (HUMERES 1907, p.6). El producto de sus esfuerzos, sin embargo, fue compilado en los Anales de la Universidad de Chile y dio lugar a varias publicaciones que fueron apareciendo en los años siguientes.

Podría sostenerse, por lo tanto, que fue durante el primer tercio del siglo XX cuando la historiografía sobre la educación chilena comenzó a delinearse – como un campo con trazos algo más reconocibles. Ello sucedía en la medida que los espacios de formación en investigación histórica en el sistema universitario comenzaban a dar tímidamente sus primeros pasos, todavía al amparo de la formación pedagógica en historia o de la enseñanza del derecho, y que la historiografía nacional iba ganando estándares más reconocidos de calidad y rigor documental, una producción bibliográfica en crecimiento y el establecimiento de formas colegiadas que reunían a investigadores en el área tales como la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, que funcionaba regularmente desde 1911, y la Academia Chilena de la Historia, fundada en 1933. Una muestra de que el afianzamiento de la investigación en historia sería un sitio propicio para que la historia de la educación pudiera albergarse y tener mayor desarrollo fue nada menos que el primer número de la revista de la Sociedad. En un artículo con amplio despliegue de erudición se presentaba una serie de antecedentes desconocidos sobre los orígenes de la educación en Chile, olvidados u omitidos hasta el momento por las historias de perspectiva más general (THAYER OJEDA 1911, p.82). Con todo, por esos años se echaba de menos un tipo de obra de síntesis sobre la historia de la educación chilena, vacío que vendría a ser llenado en los años siguientes, gracias a textos que fueron realizados *desde adentro* del campo pedagógico, de acuerdo a los términos que hemos comentado anteriormente.

La publicación en 1918 de una Historia elemental de la pedagogía chilena, escrita por el educador y profesor normalista José María Muñoz Hermosilla, representa un hito relevante para una historiografía que, con todo, seguía estando construida preferentemente *desde adentro*, en cuanto estaba pensada para colaborar en la formación profesional de los docentes antes que enfocada en problematizar la evolución histórica de la enseñanza en Chile. En dicha obra se trazaba un panorama que estaba sustentado en una perspectiva progresista del desarrollo de la historia, haciendo eco de las tendencias predominantes tanto en la formación docente como en la historiografía nacional de la época. Así, el texto de Muñoz Hermosilla transmitía a sus lectores un evolucionismo optimista, afirmando que en el desarrollo de la educación sucede “*cada cosa a su tiempo: la civilización no se impone a los pueblos; ella brota de las masas sociales cuando los individuos la buscan, llevados de la necesidad de generalizar los medios cómodos de asegurar sus derechos*” (MUÑOZ HERMOSILLA 1918, p.140).

La noción de progreso y una sólida confianza en el valor universal y homogeneizador de las políticas educacionales desarrolladas desde los grandes ciclos reformistas de la última

parte del siglo XIX fueron elementos que se transmitieron mediante las obras de autores como el recién señalado. En términos generales, durante las décadas siguientes prevaleció un tipo de visiones panorámicas sobre la educación chilena que se caracterizó por su tono liberal, democratizador y laicista. Si bien a nivel global de la disciplina surgió una corriente que opuso al tono progresista una lectura decadentista y de marcado enfoque crítico e interpretativo, teniendo como referencia importante a la obra de Oswald Spengler (GAZMURI 2009, p.82), no hizo mayor mella en el talante evolucionista que brindaba, desde la mirada al pasado, argumentos a la legitimidad de la idea de Estado Docente. Así, incluso textos que se construyeron con argumentaciones bastante críticas respecto al estado contingente de la educación chilena, suscribían la imagen de un camino ascendente en la organización del sistema nacional de enseñanza y concedían protagonismo principal a la acción del Estado.

Una visión general de la historia educacional chilena que calza con lo recién señalado es la de Amanda Labarca. Esta autora, figura destacada del feminismo y el movimiento magisterial chileno, tuvo una dilatada carrera como docente: desde 1923 y hasta 1954, con una interrupción debido al exilio sufrido durante el régimen ibañista (1927-1931), sirvió las cátedras de Sociología Educacional, Problemas de la Educación Secundaria en Chile, Historia de la Educación en Chile y Educación Comparada (SALAS NEUMANN 1996, p.33). Labarca puede ser considerada como una intelectual que, a finales de la década de 1930, ya había traspasado la frontera que separaba, de acuerdo a los planteamientos hechos por Iván Núñez, a una forma precedente de investigación *artesanal* (fruto de un esfuerzo individual y principalmente ensayístico) de una *industrial*, esto es, una actividad realizada al alero de una institución (en este caso, la Universidad de Chile) y basada en evidencia empírica (NÚÑEZ 2002(a), p.55). Así, en su Historia de la Enseñanza en Chile, junto con hacer una profesión de fe cercana a los patrones positivistas todavía en boga al indicar su “*propósito de presentar un cuadro de hechos, una narración escueta, objetiva, desnuda hasta donde ha sido posible de comentarios, de opiniones, críticas y loas*” (Labarca 1939, p.VII), también entregaba juicios críticos sobre el estado de la situación educacional del momento y sostenía la pertinencia de su investigación histórica, ajena a su formación profesional, ya que debía ser considerada como una síntesis necesaria para la preparación de los futuros profesores y para el juicio de la opinión pública respecto al estado contingente de la enseñanza chilena (NÚÑEZ 2002(b) p.92).

En los años siguientes, principalmente entre las décadas de 1940 y 1960, es posible apreciar que emergen numerosos aportes monográficos para el conocimiento del pasado de la educación en Chile, muchos de ellos al alero de seminarios de titulación llevados a cabo en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. En términos generales, puede caracterizarse a ese conjunto de tesis de grado como ejercicios de investigación que siguieron lineamientos principalmente institucionales (reconstruyendo episodios de establecimientos o analizando el desempeño de normativas legales) o doctrinarios (prestando atención a la evolución de distintas corrientes de pensamiento educativo a través del tiempo). También es necesario precisar que fueron obra de alumnos de diversos campos de estudio, aunados simplemente por el vínculo de la docencia. En este sentido, serían una manifestación de la continuidad de una construcción de conocimiento histórico

sobre la educación en Chile elaborado *desde adentro*. Buena parte de ese esfuerzo sólo ha llegado hasta nosotros a través de los títulos de las memorias de grado, como nos señala Iván Núñez, ya que los documentos mismos se han extraviado tras los numerosos cambios de emplazamiento de las colecciones del antiguo Instituto Pedagógico.

Tras varios años en que la principal visión panorámica sobre la historia de la educación en Chile seguía siendo la de Amanda Labarca, aparecía en 1961 un nuevo esfuerzo de síntesis, que concedía especial importancia al desarrollo de los lineamientos de políticas educacionales a través del tiempo y se concentraba en un discurso institucionalista y de matriz jurídica, cosa no sorprendente dada la formación de origen de su autor, el abogado Fernando Campos Harriet. Así, Desarrollo Educativo en Chile, un texto general tributario de la obra de Labarca, ya desde su título sostenía que existía una evolución ascendente de la educación nacional y que “*la planificación y establecimiento de la enseñanza en Chile corren parejamente a la planificación y afianzamiento de las instituciones republicanas*” (CAMPOS HARRIET 1960, p.9). A través del análisis separado de los sectores educacionales primario, secundario y universitario, a los que la crítica ensayística venía reputando, desde inicios del siglo XX, de compartimentos estancos que no constituían propiamente un sistema de educación integrado, el autor presentaba una narración orientada a dar cuenta de las transformaciones legales e institucionales, sin aventurar de modo sistemático observaciones que integraran categorías sociológicas o económicas, las que ya se encontraban en uso frecuente en las ciencias sociales nacionales.

El escenario de renovación general de la historiografía, al alero de un giro desde el foco político, institucional y doctrinario hacia una mayor atención a las dimensiones económicas y sociales, producto de la influencia expansiva de la historiografía europea (sobre todo, la escuela de los Annales), no parece haber tenido un impacto mayor en el ámbito específico de la historia de la educación chilena durante los años sesentas. Por ende, desde una óptica del campo temático como una elaboración hecha *desde afuera*, podría sostenerse que los enfoques para la producción de la historia de la enseñanza en Chile más bien vendrían a modificarse en las décadas posteriores, uniendo a las temáticas emergentes (de matriz socio económica) nuevos asuntos sugeridos por las transformaciones de la historiografía, bajo los rótulos de historia cultural y nueva historia política. Con todo, futuras y más detalladas investigaciones acerca del desarrollo de la historiografía chilena sobre educación seguramente puedan confirmar o refutar este planteamiento provisorio.

Pese a lo recién señalado, una interesante publicación en 1970, inscrita parcialmente tanto en el campo de la perspectiva *desde adentro* como también posicionada *desde afuera*, testimoniaba una convergencia circunstancial de enfoques tradicionales en la mirada a la historia de la educación y de aproximaciones más contingentes a los procesos históricos en curso. Así, el historiador, educador y dirigente político socialista Julio César Jobet, en su obra Doctrina y Praxis de los educadores representativos chilenos, presentaba un texto que tributaba a la tradición más clásica de la historiografía chilena sobre la educación al mismo tiempo que integraba de modo explícito reflexiones que no habían sido tan frecuentes en la disciplina. Siguiendo una estructura centrada en la influencia de grandes pensadores y pedagogos (Manuel de Salas, Andrés Bello, Valentín Letelier, entre otros), el texto de Jobet se asimilaba formalmente a la tendencia predominante hasta entonces

en la mirada histórica a la educación nacional. Sin embargo, superando los alegatos de objetividad propios de la tradición historiográfica liberal con ribetes positivistas, sostenía una toma de posición teórica y política basada en el marxismo. De esta manera, el autor introducía un estilo de fundamentación de la historia de la educación chilena que no había sido frecuente en obras generales de síntesis. Más allá de comprender al sistema educacional como un esperable producto del progreso, nuestro autor pretendía develar la manera en que históricamente, de acuerdo a los planteamientos de una lectura marxista, *“la educación constituida en superestructura pronto se distancia de la infraestructura y entra a bloquear tenazmente las modificaciones impuestas por las transformaciones básicas y las aspiraciones de los nuevos sectores sociales en ascenso”* (JOBET 1970, p.10). De esta manera, el relato histórico de Jobet cobraba el sentido de una denuncia política y se articulaba, como insumo de discusión pública, con la coyuntura de fuertes cambios que estaba experimentando el país y que se verían coronados con la llegada al poder de la coalición de partidos de izquierda de la Unidad Popular, sustento político del gobierno socialista de Salvador Allende.

La ocurrencia de una eventual disminución de textos de enfoque histórico sobre la educación chilena en los años sesentas y setentas merece ser considerada como una situación posible. Si bien es necesario que sea confirmada o refutada de manera documentada a través de futuros estudios, resultaría plausible dado que las disciplinas ocupadas de la educación tendieron a verse fuertemente cooptadas por el lenguaje y los métodos de las ciencias sociales y fueron objeto de demandas de estrecho compromiso con la transformación social en curso. Atada a un tipo de estructura narrativa de orientación tradicional, la historiografía de la educación habría quedado relegada a un papel secundario, debido a sus propias limitaciones y también a las urgencias de la coyuntura. Complementariamente, tras el colapso nacional de 1973 y la formación de un escenario institucional e intelectual adverso para la disciplina en general (salvo en sus versiones instrumentalizadas para la legitimación de la dictadura emergente tras el bombardeo al palacio de La Moneda), la historiografía sobre la educación chilena experimentaría una etapa de reordenamiento temático. Con ello queremos señalar que los imperativos políticos y gremiales surgidos en el nuevo escenario planteado por el inédito diseño económico social impuesto por vía autoritaria llevaron a que surgieran espacios y asuntos distintos a los tradicionales. En este sentido, fue al amparo de organizaciones no gubernamentales que se generó alguna de la producción más innovadora en la historiografía de la educación chilena durante la última parte de los años setenta y la década de los ochenta. La figura emblemática de este episodio en la vida de la sub disciplina es Iván Núñez, que llevó a cabo una vasta agenda de investigación que tuvo como uno de sus principales ejes la comprensión histórica de las políticas públicas en educación. Esta tarea cobraba sentido en un contexto de reformulación radical del sistema nacional de educación bajo premisas de descentralización, municipalización de la enseñanza y desmantelamiento de los consensos sociales y políticos contruidos en torno al concepto de Estado Docente a lo largo de varias décadas.

Junto con lo anterior, Núñez también abordó el trayecto histórico de las organizaciones docentes, a través de un amplio número de estudios parciales y de su clásico libro Gremios del Magisterio. En un escenario histórico en el que los profesores

estaban siendo sometidos a cambios dramáticos en sus condiciones laborales y valoración social, Núñez pretendía entregar antecedentes históricos para dar cuenta de un problema escasamente abordado con anterioridad. Con rigor documental y analítico, llevó a cabo su investigación para aportar elementos de juicio sobre preguntas acuciantes para la condición docente en ese escenario de cambios: los profesores “*¿son trabajadores o son profesionales? ¿Sus organizaciones representativas naturales son los sindicatos o los colegios profesionales? Desde su pertenencia a las clases medias ¿su rol es de apoyo a un proyecto social centrado en la clase obrera o son parte con entidad propia en un proyecto pluriclasista?*” (NÚÑEZ 1986, p.9).

El trabajo llevado a cabo en la época de dictadura e inicios del período de restauración democrática en el Programa Interdisciplinario de Investigaciones en Educación (PIIE) primero por Iván Núñez y luego también por Loreto Egaña, autora de relevantes textos sobre la historia del sistema de instrucción primaria chileno, puede ser considerado como liminar para el desarrollo contemporáneo de la historiografía de la educación en Chile. Esta afirmación tendría asidero si se atiende a dos aspectos interesantes: por un lado, ambos investigadores podrían ser reputados como habitantes tanto de *adentro* como de *afuera* del ámbito educacional ya que tienen formación histórica de base y, paralelamente, realizan sus investigaciones desde intereses propiamente educativos. Por otra parte, si bien mantienen un estrecho lazo temático con lo público, entendido frecuentemente como estatal, sin embargo ya dan señas en sus textos de estar atentos a dimensiones no solamente político-institucionales sino que también sociales, económicas y culturales. Así, por ejemplo, Egaña junto con abordar a la educación primaria como un sistema de política estatal (lo que acercaría su óptica a las prácticas precedentes de la historiografía de la educación como historia de políticas), integra elementos novedosos que tienen que ver, por ejemplo, con las dimensiones cotidianas y concretas de la enseñanza de los sectores populares durante el siglo XIX. De esta manera, enriquece su análisis al fijarse como propósito “*rescatar desde la presencia de los diversos actores, desde las condiciones materiales, desde la presencia lejana y al mismo tiempo cercana del Estado, la construcción de ese espacio escolar*” (EGAÑA 2000, p.127).

Los derroteros de la historiografía sobre la educación chilena irán orientándose, pues, desde los años ochenta hacia una mayor atención a los sujetos y las prácticas, así como también a los actores frecuentemente ausentes de las narraciones con eje en lo institucional. Ello es consistente con el movimiento general de la historiografía chilena, nutrido por una sólida línea de historia social que se visibiliza ya desde la década de los cincuenta y que alcanza, en época de dictadura, importantes logros en el rescate histórico de los sujetos populares. Por otra parte, la emergencia de temáticas que habían permanecido subsumidas en la mirada a los grandes cuadros de política educacional estatal también generó espacio para nuevos aportes. Así sucedió con el interés por la educación femenina y las perspectivas de género; los avatares de la enseñanza indígena; las organizaciones educacionales populares; la educación rural; la formación docente y los aspectos cotidianos de la escolaridad, entre otros tantos asuntos.

Considerando lo recién indicado, en la segunda parte de esta sucinta visión panorámica se intentará presentar un cuadro de algunas de las temáticas que han concitado

mayor atención en los últimos lustros del siglo XX y primera parte del siglo XXI en la historiografía chilena sobre asuntos educacionales.

2. Núcleos temáticos, espacios de producción y tareas actuales en la historiografía reciente de la educación chilena.

Una primera consideración que debe tenerse en cuenta al trazar esta mirada general es que los condicionantes contextuales e institucionales de producción del conocimiento histórico en Chile experimentan importantes cambios durante el período. Junto con la labor de investigación heredada de los tiempos de dictadura, continuada en los campus universitarios y también representada en variadas organizaciones no gubernamentales (varias de las cuales sucumbieron con la llegada de los gobiernos democráticos), se aprecia una expansión generalizada de los programas de formación en disciplinas vinculadas a la investigación histórica en educación, lo que se manifiesta tanto en el crecimiento de las carreras universitarias de historia como en la reaparición de cursos de historia de la educación en el pujante mercado de formación de profesores, compuesto de oferta tanto estatal como privada. Ello, junto con la continuidad de esfuerzos públicos por apoyar la investigación lleva a la configuración de un escenario bastante más amable que el que predominó durante las décadas de los setenta y ochenta.

En el entorno recién indicado es que comienzan a visibilizarse propuestas de investigación plurales. Entendiendo que es improbable intentar una enumeración exhaustiva del conjunto de las investigaciones que se gestan en la última parte del siglo XX y los lustros recientes, tanto desde *adentro* como desde *afuera*, en esta sección intentaremos exponer brevemente una escueta selección de algunas temáticas que han sido trabajadas por los investigadores e investigadoras en historia de la educación. Indudablemente un ejercicio como este se encuentra irremisiblemente condenado a omitir algunas áreas y textos. Sin embargo, creemos que cobra validez en la medida que entrega una panorámica mínima de las orientaciones recientes de la historiografía sobre la educación en Chile y, sobre todo, genera una perspectiva sobre los desarrollos necesarios de cara a los años próximos.

Una primera constatación es que el estallido temático señalado ha llevado a que exista una cierta distancia respecto a la elaboración de historias generales o miradas de gran alcance cronológico. La historiografía chilena sobre la educación, comparada con los desarrollos de otros países de América Latina tales como México, Brasil o Argentina, tiene todavía un importante saldo por llenar en lo que a dimensiones monográficas y levantamientos de secuencias de datos se refiere. Por ello, no han abundado las visiones de síntesis en los años recientes, salvo aquellas que se han asumido conscientemente como compendios informativos que faciliten una iniciación en los estudios históricos sobre educación chilena o presten ayuda a la formación de los estudiantes del área y el público en general. En esa tónica es que se puede situar a las escasas historias generales de la educación chilena en los últimos lustros, una de ellas definida como “*un trabajo meramente narrativo, que no pretende entrar en el análisis de procesos*” (SOTO 2000, p.3) y la otra (producto de una loable iniciativa del Colegio de Profesores de Chile) concebida

como una articulación de *“acontecimientos pedagógicos, educativos y gremiales que se han sucedido a través de los siglos”* (DÍAZ MARCHANT 2006, p.7).

Si bien no ha existido en las últimas décadas una tendencia reconocible a elaborar cuadros generales sobre la historia de la educación chilena, sí es posible encontrar esquemas interpretativos de vasto alcance, asociados a historiadores que, *desde afuera*, han dirigido una mirada a aspectos de la educación en Chile y postulado tesis sobre ella. El campo principal de procedencia de este tipo de miradas ha sido la historia social, bajo premisas de fuerte crítica al rol alienador y productor de segregación que el sistema educacional habría cumplido durante los doscientos años de vida republicana. Así, por ejemplo, se ha sostenido la necesidad de enriquecer la mirada histórica al pasado educacional y considerar no solamente las políticas de enseñanza dirigidas desde el Estado sino que integrar los esfuerzos de autoeducación desplegados a través del tiempo por los sectores populares, esfuerzos que serían consistentes con su proyecto histórico dado que ella *“no se define por un intento de afianzar un determinado orden social, sino por promover un determinado proceso histórico: el desarrollo pleno de las implicancias sistémicas y sectoriales del movimiento social del “bajo pueblo” chileno”* (SALAZAR 1987, p.86). Esta mirada crítica a aquello que la historia más tradicional observaba únicamente desde la perspectiva del avance de la escolarización como herramienta de gestación de la unidad nacional y fuente de progreso para el país, también es compartida, desde otro ámbito, por la historiadora María Angélica Illanes. Si bien su trabajo no tiene el enfoque panorámico que presenta Salazar, quien avizora la contradicción entre lo popular y las prácticas de la dominación durante los dos siglos republicanos, sí constituye una lectura con proyecciones explicativas generales, levantada desde un asunto concreto: las formas de auxilio escolar a las escuelas para la infancia popular durante parte del siglo XX. Así, el esfuerzo de historiar las carencias del sistema tiene que ver, de acuerdo a la autora, con enfrentar a la historia oficial de la educación y emanciparse *“de sus mitos, especialmente de aquellos que tienden a universalizar, homogeneizar y subsumir el conjunto de la sociedad real en el pseudo-concepto de “lo chileno”. La idea de la “educación chilena” necesita despojarse de los velos que la cubren y que han tapado la diferencia, la exclusión, la separación y su propia negación”* (ILLANES 1991, p.15).

No obstante los enfoques críticos globales recién indicados, el rumbo predominante de la labor historiográfica sobre educación en Chile ha tendido a la confección de investigaciones monográficas que, en su mayor parte, se orientan por temas que no hallaron cabida en las formas más clásicas de la historia de la educación, que tuvo lo estatal y lo doctrinal como focos privilegiados de atención. Así, temáticas que tradicionalmente fueron miradas desde el centro comenzaron a ofrecer nuevos ángulos de observación. Es el caso, por ejemplo, de los planes de estudio, concebidos por alguna parte de la historiografía más tradicional como expresiones naturales de los proyectos de uniformidad curricular estatal y que han sido revisitados por investigaciones recientes, las que se han concentrado en poner de manifiesto los valores subyacentes a esas formas curriculares (específicamente al plan de estudios propuesto para la enseñanza secundaria en el siglo XIX). Sobre todo, lo que se ha puesto en el centro del interés es la emergencia de fuerzas que buscaron contrapesar la universalidad de los planes de estudios proponiendo adecuaciones a las circunstancias de cada provincia del país (CRUZ 2002).

El cambio de eje desde el Estado a los sujetos ha conducido a la historiografía reciente sobre educación en Chile a considerar a algunos de aquellos que han yacido en la sombra de los relatos, lo que ha empujado a incorporar también nuevas maneras de enfrentar el ejercicio investigativo. Así, por ejemplo, se demuestra con la introducción de perspectivas de género, ocupadas de ir más allá de una historia de la enseñanza femenina (asunto que, en general, ha cobrado en el pasado un sentido principalmente institucional). A través de distintos tópicos, se ha intentado comprender el papel que ha cumplido el sistema y las prácticas educacionales en la distribución sexual del poder. En este camino se ha abordado, por ejemplo, el tema de la formación industrial femenina en la última parte del siglo XIX e inicios del XX, en que *“la educación industrial dirigida a mujeres y su inserción en el mundo fabril, espacio ocupado material y simbólicamente por los varones, pudieron ser importantes factores desencadenadores de procesos de revisión y replanteamiento de los roles femeninos”* (GODOY 1995, p.105). En el mismo ánimo de develar las diferencias asignadas por el sistema educacional en sus diversos escalafones, también se ha mirado, desde una perspectiva biográfica que problematiza el rol femenino y el tema del poder en escenarios de hegemonía masculina, al personal docente directivo (SEPÚLVEDA 2007) o se ha considerado el ámbito de la construcción social de la figura del profesorado, donde la presencia femenina encuentra un espacio de integración tempranamente legitimado, a través de la docencia en el sistema de instrucción primaria (EGAÑA, NÚÑEZ y SALINAS 2003). Dada la histórica feminización del magisterio chileno y las agendas de equidad que han impulsado recientemente las políticas públicas, así como también considerando los tránsitos temáticos de la historiografía en general, cabe esperar que este núcleo temático encuentre un desarrollo fértil y provechoso en los próximos años.

En el caso de la atención historiográfica a las minorías étnicas, cabe señalar que existe un cierto grado de atraso, que es consistente con lo reciente de las empresas mayores de comprensión historiográfica de esta dimensión de la realidad histórica nacional. Si bien existen referencias a la educación indígena desde muy temprano, formando usualmente pequeños apartados en las perspectivas mayores sobre el desarrollo educacional, también ha sido el giro de las agendas políticas, de derechos humanos y políticas sociales el que le ha otorgado un brío renovado al conocimiento de la educación indígena. En términos generales, las temáticas predominantes que se han levantado en los últimos lustros tienen que ver con los procesos de escolarización dirigidos por el Estado chileno a la población indígena, en que la atención se ha concentrado (singularmente respecto a los mapuche) en entregar elementos que permitan explicar sus bajos impactos durante el siglo XIX (SERRANO 1996) o en levantar una perspectiva crítica sobre el conjunto de dichos esfuerzos *pacificadores y civilizadores* (DONOSO 2008).

Probablemente debido a que el campo temático recién señalado es suelo fértil para la concurrencia de distintas disciplinas, de cara a generar explicaciones plausibles respecto a fenómenos tan intrincados, ha sido en este espacio en el que se ha podido observar mayores asomos de interdisciplinariedad en la producción de relatos históricos. Un ejemplo de ello es el trabajo llevado a cabo por Sergio González, aplicado al espacio del Chile altiplánico, en que busca develar, en intersección entre la historia y la antropología,

la lógica del proceso de chilenización que se lleva a cabo en un territorio al cual podríamos decir que era necesario, desde la lógica estatal, *desindianizar* y *desperuanizar* para asegurar su integración plena al mundo de signos compartidos de la nación chilena (GONZÁLEZ MIRANDA 2002).

La perspectiva respecto a lo indígena ha estado acompañada por un afán por descentrar el relato, lo que ha conducido a relevar también el proceso de desarrollo de la enseñanza rural. Si bien es posible encontrar abordajes a este asunto en historiografía general sobre la ruralidad, todavía existe un amplio campo de investigación abierto para ser cultivado con enfoques que permitan hacer visibles los conflictos y las vivencias de los sujetos. Las precariedades de la oferta estatal en el Chile decimonónico todavía son difíciles de seguir con información fiable, pese a lo cual algunas investigaciones han podido vislumbrar razonablemente que *“el tipo de ruralidad de la sociedad chilena del siglo XIX fue un muro infranqueable a la expansión de la escuela [y] sugerir que la escuela no llegó al campo, sino que el campesino llegó a la ciudad y al pueblo”* (SERRANO 2001, p.9). Esfuerzos para generar las series estadísticas que sustenten un estudio fiable de la expansión tanto de la enseñanza urbana como rural son llevados a cabo por un proyecto interuniversitario con financiamiento público, liderado precisamente por la destacada historiadora Sol Serrano, con un numeroso equipo de trabajo que incluye investigadores consagrados (ella misma, Iván Núñez, Cristián Cox en el área de políticas educacionales) junto a estudiantes de posgrado y pregrado.

Otra de las dimensiones que ha sido abordada por la historiografía reciente sobre educación tiene que ver con los actores docentes. Junto con versiones más recientes de la dimensión gremial (abordada por Iván Núñez, como ya se indicó), las que se posicionan desde la militancia magisterial (LJUBETIC 2004), se ha rescatado la relación entre el movimiento de profesores y las políticas educacionales en episodios de crisis, buscando develar la persistencia de dos formas de respuesta estatal frente a las propuestas y prácticas de los docentes como actores sociales: la coerción y/o el acuerdo que, sin embargo, *“incorporaron, en niveles y grados parciales, las propuestas de los movimientos sociales, pero de un modo tal que aquellas han quedado en la sombra, pospuestas como apéndices suplementarios de la propuesta promovida e implementada por los grupos dominantes”* (REYES 2005, p.19).

En el mismo tópico, ha importado también reconstituir la trama de la formación de los profesores, apreciando cómo a través de los currícula en las escuelas normales y universidades ha existido una presencia variable de asignaturas teóricas y otras para fomentar las habilidades profesionales y didácticas (COX Y GYSLING 2009). Junto a estos aspectos, que entregan luces sobre la constitución profesional de la actividad y sobre los supuestos ideológicos a través de los que distintas generaciones de profesores han sido incorporados al sistema de enseñanza, recientes investigaciones se han planteado como propósito penetrar en la dimensión vivencial de los docentes en el pasado. De esta manera, se ha buscado ir más allá de las dimensiones meramente normativas y doctrinarias de la existencia de profesores y profesoras *“al integrar la historia con fuentes orales, la historia de vida, la microhistoria y una lectura relacional de las políticas educacionales con las prácticas escolares cotidianas”* (Osandón 2007, p.37). Este esfuerzo ha implicado integrar

usos propios de la historiografía contemporánea y apelar al expediente de la memoria, práctica que avizoramos que cobrará mayor uso en el escenario futuro de la historiografía sobre educación en Chile.

La atención concedida a las prácticas y a las vivencias cotidianas en investigaciones recientes es interesante, creemos, en la medida que permite brindar mayor espacio en la narración a los sujetos y, por otra parte, develar conflictos que usualmente resultan preteridos en la historiografía ocupada de dar cuenta de aspectos institucionales, además bajo prismas rígidamente evolutivos y que no reconocen las divergencias temporales de los procesos históricos, sus aceleramientos y ralentizaciones. Así, aspectos cotidianos y escasamente considerados en las historias tradicionales tales como el castigo escolar pueden devenir “*en observatorio para intereses tales como, entre otros, los avatares de la imposición de la racionalidad instrumental de la modernidad en una sociedad fuertemente tradicional; el delineamiento cada vez más claro de las categorías socialmente aceptadas de infancia y juventud; el proceso de transferencia de soberanía sobre niños y jóvenes desde el seno de la familia a espacios públicos (...)*” (Toro 2009, p.279). Del mismo modo, las prácticas de socialización política de la infancia y juventud a través de formas escolares y paraescolares se han constituido en un tema de estudio, en el marco de una consistente línea de investigación sobre la historia de la infancia en Chile, que es llevada a cabo por Jorge Rojas. En su estudio ha logrado seguir los efectos de las políticas de formación cívica sobre las vivencias concretas de los sujetos. La aplicación de programas consistentes de educación cívica, entendida en un espectro más amplio que lo sucedido solamente en el aula, “produjo un cambio notable en la experiencia cotidiana de los niños, especialmente en las ciudades, que comenzaron a participar de organizaciones, rituales y actividades que buscaban crear en ellos una determinada moral cívica” (ROJAS FLORES 2004, p.11).

En otro orden de cosas, cabe preguntarse sobre cuáles han sido los escenarios que han facilitado u obstaculizado la incorporación de nuevas temáticas y el incremento en la investigación sobre historia de la educación en Chile. Respecto a los espacios institucionales existentes para la formación propiamente de un campo en torno a esta área de estudios, es importante comentar los esfuerzos que se desarrollaron a partir de la confluencia de intereses de un grupo amplio de académicos, principalmente ligados por su labor en la formación docente universitaria y por formar parte de una generación reconocible asociada a las reformas educacionales modernizadoras de las décadas de los sesenta y primera parte de los setenta. En 1979 se había constituido en la Facultad de Educación de la Pontificia Universidad Católica de Chile un grupo de investigadores en torno al pensamiento pedagógico y a la historia de la educación en Chile, conjunto que fue liderado por el profesor Luis Celis Muñoz y que trazó un programa de investigación coronado años después en una presentación de relevantes pensadores y críticos de la educación chilena a través de más de dos siglos (CELIS, GUZMÁN y POZO, 1988). Por su parte, en 1984 el profesor Mario Núñez Orellana, de la Universidad Católica de Valparaíso, junto con otros académicos del ámbito de la educación, convocó a las Primeras Jornadas de Historia de la Educación Chilena, lo que dio inicio a una secuencia que tuvo continuidad hasta mediados de la primera década del siglo XXI. La confluencia de estos dos núcleos iniciales permitió que se avanzara hacia la formación de un espacio

regular de contacto e investigación. De esta manera, durante las Cuartas Jornadas de Historia de la Educación Chilena, llevadas a cabo en Santiago, el 3 de julio de 1992 se comprometieron cerca de cuarenta asistentes, provenientes de distintos centros universitarios de todo el país, “*a fundar y sostener una sociedad destinada al estudio de la historia de la educación chilena y ciencias afines*” (SCHHE 1997, p.1). La asamblea concurrente designó una directiva provisional constituida por los profesores: Luis Celis Muñoz, Presidente; Iván Núñez Prieto como Vice-presidente, y como directores, Mario Núñez Orellana, Jaime Caiceo Escudero, Andrés Guzmán Traverso, Luis Daniel Neira Troncoso y Hernán Villarroel Morales. Tras las gestiones de este grupo de académicos se obtuvo la personalidad jurídica de la Sociedad, otorgada por el decreto N° 1135 del Ministerio de Justicia, del 3 de Agosto de 1994.

La etapa de mayores logros de esta organización se encuentra en los años siguientes, en que se inicia la publicación de la Revista de Historia de la Educación, dirigida por el profesor Marciano Barrios Valdés. Los primeros números de la revista permiten apreciar la orientación predominante al interior de la SCHHE, la que tiene que ver con una fuerte atención a enfoques sobre pensamiento pedagógico y políticas de educación (en su dimensión más declarativa que en sus implicancias fácticas), lo que resulta consistente con el perfil de buena parte de sus integrantes, que provienen del mundo de la educación antes que del de la historiografía profesional. Ello ha tenido un doble efecto: por una parte, ha facilitado la cohesión interna del colectivo que ha animado de manera más relevante la discusión e intercambio académico sobre temas de historia de la educación en las últimas dos décadas. Sin embargo, ese mismo aglutinamiento temático, unido a la dimensión de identidad generacional que ha caracterizado a la Sociedad en sus primeros lustros de existencia, es probable que haya servido como un filtro que no le ha permitido sustentar un diálogo más intenso con las tendencias recientes en investigación, que hemos caracterizado apretadamente en estas páginas. Con todo, el saldo del aporte de la institución a la disciplina es ampliamente positivo. Debe considerarse en su activo, por ejemplo, que la SCHHE patrocinó las Jornadas siguientes a nivel nacional, que ha practicado convocatorias inclusivas y sin sesgos doctrinarios y que sus integrantes han participado periódicamente en los Congresos Iberoamericanos de Historia de la Educación y los encuentros convocados por la International Standing Conference for the History of Education (ISCHE). En mayo de 1998, la Sociedad organizó con éxito en Santiago de Chile el IV Congreso Iberoamericano de Historia de la Educación Latinoamericana, instancia que contó con la amplia participación de ponentes de diversos centros académicos de España y América Latina.

Reflexiones finales

Tras esta apretada síntesis, que ha intentado generar un cuadro básico sobre la instalación de la historia de la educación en el conjunto del desarrollo de la historiografía nacional a través del tiempo, para luego señalar algunos campos temáticos que han merecido una mayor atención en las etapas recientes de la disciplina, procede finalmente el intento de sistematizar un par de juicios evaluativos que brinden posibilidades de

mejorar las prácticas del área de estudios y que le permitan sintonizarse de mejor manera con las corrientes que actualmente predominan en el nivel regional y mundial.

En atención a lo anterior, una primera constatación es que puede apreciarse que, en términos generales, durante buena parte de su desarrollo los investigadores en historiografía sobre educación en Chile han sido más bien reacios a desarrollar reflexiones epistemológicas y teóricas sobre su propio trabajo. Esta tendencia ciertamente está en retroceso, creemos, ya que es cada día más frecuente que los historiadores e historiadoras de la educación chilena expliciten sus puntos de mirada, sus anclajes teóricos, estableciendo una importante diferencia con generaciones anteriores que, bajo la premisa de una cierta naturalización del discurso histórico debido a las referencias a la objetividad cara al positivismo metodológico, no dejaban ver las armazones conceptuales con las cuales edificaban sus relatos. Diversos enfoques teóricos, muy de la mano con el uso (y, en ocasiones, abuso, diríamos) de algunos autores han venido a enriquecer la investigación de las presentes generaciones. Ya sea tomando referentes desde las disciplinas de la educación (por ejemplo, Michael Apple) o la filosofía histórica (es frecuente la mención a autores como Michel Foucault), los productores recientes no se remiten solamente a la generación de relatos e intrigas sustentados en información sistematizada y método riguroso, sino que además están crecientemente planteando disyuntivas sobre los modos pertinentes y necesarios de escribir la historia de la educación que requiere el presente.

Por otra parte, pese a que las aportaciones temáticas que se han ido integrando enriquecen el repertorio de la investigación al convocar nuevos ángulos de análisis y poner en el escenario a actores que no eran visibles debido a la pátina estatista que cubría a la historiografía educacional durante varias décadas, debe tenerse en cuenta que hay dimensiones de la historia de la educación chilena que han sido sólo muy incipientemente consideradas y que merecen mayor atención. Una de ellas tiene que ver con las redes de circulación global de ideas, prácticas e imaginarios, las que rebasan los límites administrativos de los sistemas nacionales de educación y desafían concepciones de estrecho nacionalismo, mecanicismos estructuralistas y meras referencias de pensamiento educacional sin elementos contextuales en tiempo y espacio. Una tarea que se avizora como necesaria para las presentes generaciones de historiadores de la educación chilena es poner en sitio visible estos tráficos, las apropiaciones hechas localmente respecto a conceptos, políticas, valores e ideas de circulación a diversas escalas. Tal como un investigador se ha planteado como propósito comprender determinados mecanismos de transferencia de la cultura francesa *“que posibilitan la configuración de nuevos paradigmas conceptuales e ideológicos presentes en el discurso educacional chileno”* del siglo XIX (CONEJEROS 1999, p.15), cabe revisar el conjunto de la historia educacional chilena en clave de sus relaciones con otras esferas, otras referencias y no como un sistema autosuficiente.

Por último, se torna necesario tener en cuenta que la constitución de un campo de estudio es un proceso dinámico, en que el reconocimiento del conjunto de distintos actores resulta de la más alta importancia. Más allá de la existencia mayor o menormente exitosa de una institución asociativa o de programas de investigación que actualmente estén articulando la participación de diversos niveles de investigadores, lo relevante es que el conjunto de la actividad investigativa aparezca ante la mayor cantidad de actores

posible como pertinente y consistente. Ello implica que las agendas de investigación deben tener una atenta consideración a los debates contingentes, a las necesidades socialmente sentidas acerca de qué se requiere saber para una mejor educación para los ciudadanos y ciudadanas, lo que debe ser acompañado de rigor investigativo y vinculación con los esfuerzos paralelos que se dan en otros escenarios, tanto a nivel regional como global.

Bibliografía

- CAMPOS HARRIET, Fernando. Desarrollo educacional. 1810-1960. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1960.
- CELIS, Luis; GUZMÁN, Andrés y POZO, José Miguel. Educadores ilustres en la Historia de la Educación Chilena, siglos XVIII-XX. Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1988.
- CONEJEROS, Juan Pablo. La influencia cultural francesa en la educación chilena, 1840-1880. Santiago, Universidad Católica Cardenal Raúl Silva Henríquez, 1999.
- COX, Cristián y GYSLING, Jacqueline. La formación del profesorado en Chile. 1842-1987. Santiago, Ediciones Universidad Diego Portales, 2009 [1ª edición: 1989]
- CRUZ, Nicolás. El surgimiento de la educación secundaria pública en Chile, 1843-1876 (El Plan de Estudios Humanista). Santiago, DIBAM, 2002.
- DAGER, Joseph. “El debate en torno al método historiográfico en el Chile del siglo XIX”. Revista Complutense de Historia de América Vol. 28 (2002) 97-138.
- DONOSO, Andrés. Educación y nación al sur de la frontera. Organizaciones mapuche en el umbral de nuestra contemporaneidad, 1880-1930. Santiago, Pehuén, 2008.
- EGAÑA, María Loreto. La educación primaria popular en Chile: una práctica de política estatal. Santiago, DIBAM, 2000.
- EGAÑA, María Loreto; NÚÑEZ, Iván y SALINAS, Cecilia. La educación primaria en Chile: 1860-1930. Una aventura de niñas y maestras. Santiago, PIIE, 2003.
- GARCÍA, Ramón Valentín. Memoria sobre la historia de la enseñanza en Chile. Leída en la seccion [sic] pública de la Universidad Nacional, el 14 de noviembre de 1852. Santiago, Imprenta Del Estado, 1852.
- GAZMURI, Cristián. La historiografía chilena (1842-1970). Tomo II (1920-1970). Santiago, Taurus, 2009.
- GODOY, Lorena. “Armas ansiosas de triunfo: dedal, aguja, tijeras”. En: Disciplina y desacato: construcción de identidad en Chile. Siglos XIX-XX. Santiago, SUR/CEDEM, 1995.
- GONZÁLEZ MIRANDA, Sergio. Chilenizando a Tunupa. La escuela pública en el Tarapacá andino. 1880-1990. Santiago, DIBAM, 2002.
- HUMERES, Roberto. Historia del Liceo de San Felipe. Santiago, Imprenta Cervantes, 1907.

ILLANES, María Angélica. Ausente, señorita. El niño chileno, la escuela para pobres y el auxilio. Chile, 1890-1990. Santiago, JUNAEB, 1991.

JOBET, Julio César. Doctrina y praxis de los educadores representativos chilenos. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1970.

LABARCA, Amanda. Historia de la enseñanza en Chile. Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile, 1939.

MONSALVE Mario. I el silencio comenzó a reinar. Documentos para la historia de la instrucción primaria, 1840-1920. Santiago, DIBAM, 1998.

MUÑOZ HERMOSILLA, José María. Metodología de la Historia. Santiago, Imprenta y Encuadernación Roma, 1896.

MUÑOZ HERMOSILLA, José María. Historia elemental de la pedagogía chilena. Santiago, Editorial Minerva, 1918.

NÚÑEZ, Iván. Gremios del Magisterio. Setenta años de historia. 1900-1970. Santiago, PIIIE, 1986.

NÚÑEZ, Iván. “Amanda Labarca: la historia de la enseñanza en Chile”. Páginas Didácticas, n° 9, segundo semestre 2002, pp.91-93. (b)

NÚÑEZ, Iván. La producción de conocimiento acerca de la educación escolar chilena (1907-1957). CPEIP, Santiago, 2002. (a)

OSANDÓN, Luis. El cambio educativo desde el aula, la comunidad y la familia (1930-1970). Santiago, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, 2007.

REYES, Leonora. Movimientos de educadores y construcción de políticas educacionales en Chile (1921-1932 y 1977-1994). Tesis de Doctorado en Historia. Santiago, Universidad de Chile, 2005.

ROJAS FLORES, Jorge. Moral y prácticas cívicas en los niños chilenos, 1880-1950. Santiago, Ariadna Ediciones, 2004.

SALAS NEUMANN, Emma. Amanda Labarca: dos dimensiones de la personalidad de una visionaria mujer chilena. Santiago, Ediciones Mar del Plata, 1996.

SALAZAR, Gabriel. “Los dilemas históricos de la auto educación popular en Chile. ¿Integración o autonomía relativa?”, en Propositiones, n°15, 1987.

SEPÚLVEDA, Carola. “Esencias en fuga: dime, mi bien, ¿quién me llorará, si me dan alas y echo a volar?”. Juana Gremler: mujer, educadora, directora...no rectora. Santiago de Chile. (1894-1912). Tesis de Magister en estudios de género y cultura. Santiago, Universidad de Chile, 2007.

SERRANO, Sol: “De escuelas indígenas sin pueblos a pueblos sin escuelas indígenas: la educación en la Araucanía en el siglo XIX”, en Historia, n°29, 1996.

SERRANO, Sol: “La escuela esquiva. Educación rural en el siglo XIX”. En Vida rural en Chile durante el siglo XIX. Santiago, Academia Chilena de la Historia, 2001.

SCHHE (Sociedad Chilena de Historia de la Educación). Una breve historia de la Sociedad. Santiago, mimeo, 1997.

SOTO, Freddy y NÚÑEZ, Iván: “Para iniciarse en la historia escolar chilena”. Revista de Educación, n°315, octubre 2004, pp.4-8.

SOTO, Freddy. Historia de la educación chilena. Santiago, CPEIP, 2000.

THAYER OJEDA, Tomás: “La instrucción en Chile durante el siglo XVI”. Revista Chilena de Historia y Geografía, n° 1, 1911, pp.81-99.

TORO, Pablo. “Nuevos recuerdos de las viejas escuelas: notas sobre la historia de la educación escolar en Chile y algunos de sus temas emergentes”. Persona y sociedad, volumen XVI, n°2, agosto de 2002, pp.125-140.

TORO, Pablo. “El espacio de la historia de la educación en la formación de docentes en las universidades chilenas: evolución, situación y desafíos”. História da Educaçao, ASPHE, volumen 10, n° 20, setembro 2006, pp.39-49.

TORO, Pablo. La letra ¿con sangre entra? Percepciones, normativas y prácticas de disciplinas, castigos y violencias en el liceo chileno, c.1842-c.1912. Santiago, Comisión Bicentenario, 2009 [Concurso Bicentenario Tesis Doctoral 2007, volumen II].

UNIVERSIDAD DE CHILE. Plan de estudios del Instituto Pedagógico. Santiago, Imprenta Cervantes, 1907.

*Recebido em Maio de 2011
Aprovado em Junho de 2011*